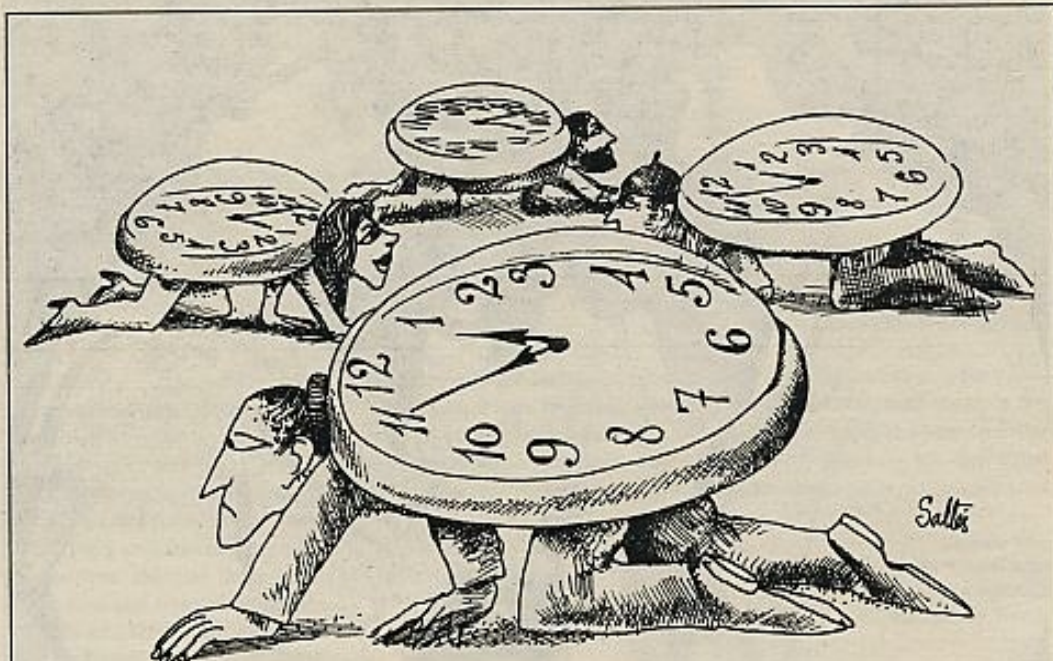


**E**N Checoslovaquia, durante la segunda guerra mundial, los nazis crearon una especie de ciudad de descanso para los judíos de toda Europa. Fue establecida en Terezin, pequeña ciudad fortificada al Norte de Praga, el 24 de noviembre de 1941, por iniciativa directa del Obergruppenführer Heydrich y del Obersturmbannführer Eichmann; continuó existiendo, bajo la supervisión de éste, hasta el 9 de mayo de 1945. Oficialmente llamada "centro residencial judío", Terezin tenía, dentro de la Solución Final del Problema Judío, una función muy distinta de la de los otros "ghettos" y campos. Los nazis se habían propuesto con ella demostrar al mundo que los rumores sobre el genocidio judío eran falsos. Su eficaz propaganda difundió por todo el Reich (y sus alrededores) las maravillas urbanísticas de Terezin, los bellos paisajes que la rodeaban, las instalaciones de todo tipo con que contaba para hacer casi perfectos el descanso, la despreocupación, la cultura. El Gobierno de este "centro residencial" era autónomo (todos sus miembros eran judíos) y de funcionamiento bastante democrático: un Consejo de Ancianos dirigía la Administración, que estaba dividida, muy racionalmente, en las siguientes ramas: Departamento del Interior (del que dependían la Policía local y el cuerpo de bomberos, cuyos miembros eran también todos los judíos); Administración de Finanzas; Departamento Económico; Administración Técnica; Departamento de Educación y Departamento de Salud Pública. Esta estructura evolucionó con el tiempo para permitir que estuvieran representadas las principales nacionalidades de origen: alemanes, checos (los checos no judíos habían sido evacuados), austriacos, holandeses y daneses. Llegaron a tener hasta una Constitución, que les permitió disfrutar de la libertad de religión, pues había judíos ortodoxos, pero también protestantes y de otros grupos cristianos. Como buena parte de los habitantes habían recibido enseñanza superior o, por lo menos, secundaria, y como disponían de bibliotecas, eran frecuentes (y esto no fue propaganda, sino realidad) las conferencias, las exposiciones y otras actividades culturales, con la participación, a veces, de los propios dirigentes. Las condiciones para poder disfrutar de semejante paraíso en semejantes tiempos no eran excesivamente caras; la admisión, sin embargo, la conseguían principalmente ju-



## El hombre en el país de las maravillas

JESUS LOPEZ-PACHECO

dios acomodados, muchos de ellos de edad avanzada, a menudo delicados de salud.

Esta fue la realidad que filmó un equipo de cineastas alemanes. Gente paseando por calles limpias y tranquilas; interiores bellamente decorados; modernos clubs; círculos culturales; jardines y parques infantiles... La mayoría de los rostros reflejaban felicidad o, cuando menos, sosiego; hombres, mujeres y niños aparecían bien vestidos, bien alimentados... Y esta fue, también, la realidad que vio la comisión de la Cruz Roja Internacional durante la visita que hizo a Terezin a finales del verano de 1944. La película y la humanitaria visita contribuyeron grandemente a contrarrestar los efectos de los persistentes rumores y noticias sobre ciertas deportaciones a ciertos campos de concentración y de exterminio, donde, según algunos, estaban siendo eliminados masivamente, no sólo judíos, sino también comunistas de casi todas las nacionalidades europeas.

Ocurrió, sin embargo, que en el equipo encargado de realizar la película de propaganda iba una cameraman que —además de hacer el trabajo por el que le pagaban— filmó y fotografió la ciudad de promisión por su cuenta y de un modo original. Aparentemente, su originalidad fue pequeña, muy

pequeña: un leve cambio de ángulo en la toma, una distancia focal ligeramente superior o inferior a la establecida. Y, sin embargo, la realidad resultó por completo diferente, incluso opuesta. Porque, gracias en gran parte a este original e indisciplinado cineasta —con cuyo material se ha publicado un interesante libro—, hoy podemos saber que la propaganda "turística" nazi no mentó del todo. Incluso se quedaba corta: la ciudad era, en efecto, de descanso; pero el descanso en ella era sólo una pausa, la antesala del descanso eterno. Terezin no era sino un "campo de tránsito" hacia Auschwitz, Mauthausen, Buchenwald, Dachau, Treblinka... Y, curiosamente, se ha llegado a saber que sus dirigentes y los de la comunidad judía de Praga, aunque inicialmente se esforzaron por hacer de él un "campo de trabajo", acabaron siendo más o menos cómplices de los siniestros propósitos nazis.

Antes de la filmación y de la visita, técnicos y especialistas de todas clases habían "maquillado" y "peinado" la realidad con buenas pinturas, fachadas-falsas, decorados de cine, un cartel aquí y allá... A algunos de los esqueléticos habitantes, durante dos o tres semanas, los habían estado "hinchando" mediante dietas cien-

tíficamente calculadas para proporcionarles un aspecto saludable y hasta —gracias a hábiles condicionamientos— sonrientes. Ciertas sonrisas, fotografiadas desde más cerca o convenientemente ampliadas luego, se revelaron como lo que eran: muecas de espanto. A cinco metros del bello paseo que se veía en el film oficial, un amplio panel estaba ocultando las horribles barracas donde vivían amontonados y encerrados viejos desnutridos y decrepitos, enfermos sin cuidados médicos, jóvenes y niños raquíticos; por los ventanucos de algunas barracas se veían sólo mujeres; por los de otras, sólo hombres. Detrás del cuidado y frondoso jardín había un "basuro" de restos humanos. Ese matrimonio paseándose, con la mirada perdida en la distancia, quizá contemplando con nostalgia el paisaje, fotografiado desde otro ángulo y a menos distancia resultaba ser una pareja con las manos crispadas y los ojos desesperadamente fijos en la estación: ¿estaría partiendo su hijo en aquel mismo momento hacia Auschwitz?

Este cameraman nos dejó una importante lección, que podría resumirse así: no hay que fiarse de la objetividad del objetivo. O, para que nos entendamos mejor, aunque tenga que decirlo de una forma aparentemente aún menos

clara: los objetivos no son objetivos, puesto que tienen siempre su objetivo. Nos dejó también una norma básica de ética profesional para todos los que manejan objetivos y objetividades (desde la fotografía y el cine hasta los métodos estadísticos): hay que cambiar el ángulo, la distancia, sobre todo cuando se sospecha que la realidad está "maquillada" y "peinada"; y ello es quizá aún más importante hoy que entonces, porque, como todo ha progresado, también han progresado las técnicas para "maquillar" y "peinar" la realidad.

Pero, se dirá, el nazismo y su aparatoso hermano mediterráneo, el fascismo, hace ya tiempo que fueron vencidos en Europa, donde sólo de vez en cuando surgen violentas pero localizadas erupciones de furia parda o negra; y sus primeros hermanos menores (el griego, el español, el portugués) ya casi han terminado también de pasar a la Historia. La lección y la norma del valiente cameraman valdrán, pues, para gran parte de Iberoamérica, para algunos países de África y Asia, pero no para el gran mar democrático del mundo llamado occidental. Es evidente que valen, sobre todo, para estas todavía vastas zonas de la tierra donde persisten o han sido restaurados el racismo, los campos de concentración, la dictadura minoritaria de los privilegiados. Sobre todo, pero no únicamente. Y, además, hoy los maquillajes y peinados groseros que aplica a la realidad un Pinochet, por ejemplo, no engañan ya más que a los que quieren ser o están engañados; esto es tan cierto que, en la mayoría de los casos ni siquiera se molestan en "maquillar" y "peinar" la realidad: son dictaduras a cara dura y limpia, dictaduras desmelenadas, contra las que la lucha ha de realizarse fundamentalmente a cuerpo limpio.

Hay en nuestro mundo una nueva, inmensa, plural Terezín, autónoma y democrática, con constituciones y estructuras honorables, con libertades y cultura, con bienestar y sonrisas, con salud y Jardines. No es una ciudad, no es un país, sino un ambiente, una mentalidad, un estado de cosas y personas, una fortísima red de relaciones, un sistema multinacional, en fin, aunque su base principal y su modelo más admirado sean los Estados Unidos. Llamémosla, por ahora, como la llama casi todo el mundo, sociedad de consumo. A ello es a lo que creo que es necesario aplicarle, muy especialmente,

la lección y la norma del cameraman de Terezín: un cambio de ángulo, un enfoque más próximo o lejano, una ampliación, una metódica desconfianza respecto a todos los objetivos y las objetividades. Así, la autonomía resulta ser dependencia del producto nacional bruto y del consumo nacional, los cuales se resuelven a su vez en casi irresistible intento de embrutecimiento nacional de los productores-consumidores, alienados por su doble actividad forzada y neurótica: les hablan, para tranquilizarlos, de la renta "per cápita", pero no les dicen que la renta "per cápita" carece de significado para los decapitados por el paro, por la inflación, por la pobreza; ni les dicen que la renta "per cápita" sólo, o casi sólo, beneficia de verdad a los capitolistas capitalistas de las capitales. Los tranquilizan con una nueva mística: la estadística (que usan como la forma más científica de mentir). Unidos con la media, les conminan. Y como este misticismo de apariencias niveladoras exige un proceso de purificación (Dejad de ser personas: convertíos en individuos biológicos y económicos), les ofrecen una nueva ascética: la cibernética. Contestad encuestas: os haremos llegar los resultados para que sepáis quién sois, quién tenéis que ser. Y con la mística de la estadística y la ascética de la cibernética, la democracia constitucionalmente más democrática acaba por convertirse, de modo casi automático, en una auténtica dictadura del domesticado. No ya la "dictadura de la mayoría" que profetizó Alexis de Tocqueville, sino el calculado e impuesto predominio de la "silent majority" ensordecida cotidianamente por su propia estampa chillona a través de la televisión, de la radio, de la publicidad, hábilmente manejadas por una oligarquía demagógica. Así —aplicando la lección y la norma del cameraman de Terezín— veremos que por detrás y por encima de las pelucas constitucionales y de las estructuras abiertas, están la corrupción constituida, el crimen organizado, la Policía represora, la justicia deprimente. Que debajo de la libertad, petrificada en gigantesca estatua, yacen la impotencia o la incapacidad de la mayoría para usarla. Que al lado de la cultura, encerrada en "ghettos" inutilizados, cuando no cómplices, se extienden el neofascismo electrónico, la programación por el miedo y la soledad, la desinformación sistemática y masiva. Que dentro del bienestar florecen el

malestar hipócrita, la esclavitud disfrazada de "ethic work" y hasta el hambre entretenida con salchichas, patatas fritas y coca-cola. Que tras las sonrisas hay caries, dientes artificiales, deficiencias alimentarias. Que debajo de la salud rebulle la esquizofrenia, se agazapa el cáncer y los corazones viven asustados de sí mismos. Y que por los jardines de esta nueva Terezín, y por sus calles y carreteras, huyen en vano sus desesperados, respirando el mismo aire del que huyen (llevan, casi todos, un número en la espalda).

La nueva Terezín es, al mismo tiempo, etapa para el descanso provisional (lo que algunos sociólogos, "objetivamente", llaman "movilidad demográfica"), campo de concentración y campo de exterminio. Hay, además, y funcionando desde hace muchos decenios, lo que podríamos llamar "campos de descentración y de exterminio lento": las reservas para indios norteamericanas. En las ciudades, junto a los altos edificios estilo "caja de cartón para zapatos puesta de pie", se encuentran las barracas, los "ghettos", los hornos crematorios de la miseria, las fábricas gasesadoras y envenenadoras. Si no hay cámaras de gas quizá sólo sea porque el veneno está ya mezclado con el aire y los alimentos o diluido en el agua, y porque lo producimos y lo transportamos todos. Y la esterilización ha adoptado nuevas formas y justificaciones que la hacen respetable, científica, humanitaria, y acaso lo sería de verdad si no fuera porque el resultado es, más o menos, equivalente al que aspiraban los nazis al aplicar los rayos X a las mujeres que ellos calificaban de "razas inferiores".

Juegos de palabras se me dirá. Hipérbolos malintencionadas, metáforas atrevidas. No: con las palabras no se juega, no se debería jugar. Yo, al menos, no juego. Si escribiendo las hago jugar a veces es porque alguien juega con ellas y con los seres humanos a un tiempo. Yo me limito a desviar mi objetivo levemente, a acercarlo o alejarlo un poco, y el juego al que nos hacen jugar surge por sí solo, revelado. Hipérbolos y metáforas, sí; pero con la sana y atrevida —en efecto— intención de que quede bien claro lo que quiero decir, lo que veo. Las hipérbolos y metáforas son lupas con las que se amplifican ciertos detalles, teleobjetivos resaltantes, repentinos "zooms" expresivos. Por ello, aunque no se me oculten las diferencias que hay entre el nazis-

mo y su sistema concentracionario y de exterminio, de una parte, y el neocapitalismo consumista, de otro, me ha parecido necesario destacar ciertas semejanzas con metáforas e hipérbolos, con juegos de palabras. Fundamentalmente, lo que los separa es un grado de exasperación. Si el nazifascismo fue —para citar la aguda aplicación machadiana de un verso de Herrera— "miedo envuelto en ira", el capitalismo, salvo en sus manifestaciones de crispación imperialista —Vietnam, Chile...— tiene todavía una envoltura más: "miedo envuelto en ira envuelta en hipocresía". La lógica que rige sus acciones, sin embargo, es la misma: la de la "razón burguesa", que se tiene por la única razón y lo quiere "racionalizar" todo en su búsqueda sin contemplaciones del máximo beneficio: "racionalización" del trabajo; "racionalización" de la población, etcétera. No olvidemos que los campos de concentración y de exterminio, desde la perspectiva industrial y militar nazi, estaban lejos de ser actos demenciales (1); al contrario, respondían a estrictas necesidades de producción y de guerra, para las que habían encontrado soluciones casi "perfectas": inmigración de la mano de obra "más barata"; eliminación de la mano de obra "desgastada"; a la que no valía ya la pena seguir alimentando, etcétera. La ley del máximo rendimiento con el mínimo costo encontró en alguno de esos campos una expresión que —de no ser por los desagradables aspectos tan desagradablemente inhumanos y tan perjudiciales para la propia "imagen"— envidiarla más de una multinacional de nuestros días. Por lo demás, en algunas zonas "periféricas" y con ciertas "razas" (indios, brasileños, peruanos...) se están aplicando métodos que no tienen

(1) Véase Joseph Billig, *Los campos de concentración en la economía del Reich hitleriano*, Presses Universitaires de France, París, 1973. Según este autor, la violencia racista tenía como función neutralizar la lucha de clases. Gracias a la mitología racista, la sociedad, en vez de estar dividida en proletariado y patronos, se presentaba dividida, y con una aparente base científica sociobiológica, en seres humanos superiores (arios) y en razas inferiores; a estas últimas (sobre todo a la judía) se las hacía responsables de todas las miserias de la sociedad industrial. La "explotación del hombre por el hombre" (de la que se ocupaban las SS, creando empresas industriales con la mano de obra "concentrada" en los campos) llegó a coincidir con la sistemática "destrucción del hombre por el hombre" (misión de la Gestapo) porque (la deducción que sigue es mía: J. L. P.) el nazismo fue, en el fondo, un capitalismo extremado, un capitalismo que se pasó de la raya.

## El hombre en el país de las maravillas

nada que envidiar a la "racionalidad" nazi. Pero no hace falta llegar a estos extremos: a la nueva Terezin —norteamericana o europea— afluyen, desde sus propios campos o desde otros países y continentes, trenes y barcos de emigrantes deportados por la pobreza y la represión, las cuales son creadas y/o mantenidas en sus países por los dominadores de la nueva Terezin; llegados a ésta, las condiciones de vida y de trabajo que encuentran sólo se diferencian en algunos grados de las que había en los campos de concentración; son los "chicanos" de California, los "hispanos" de Nueva York y Nueva Jersey; los africanos y "mediterráneos" en la Europa del Norte...

También esta nueva Terezin ha sido filmada y fotografiada. Y no una vez, sino miles, decenas de miles de veces, sobre todo por Hollywood. Y estas películas y fotografías nos llegan cotidianamente proyectadas por el sistema en el cristal de la ventana del sistema que hay en cada casa. Comparados con esta pequeña ventana, los medios técnicos de que dispuso el doctor Goebbels, ministro de propaganda del Tercer Reich, eran rudimentarios, primitivos; efortunadamente, los nazis no llegaron a desarrollar a tiempo ni la bomba atómica ni la televisión: tuvieron que conformarse con las bombas "V" y con los altavoces y la radio. Parece evidente que al igual que una bomba atómica equivale a cientos de miles de bombas "V"; así, la televisión y Hollywood combinados equivalen, por lo menos, a cien mil doctores Goebbels trabajando en armónico equipo. Por la ventana del sistema abierta a cada hogar van penetrando día a día los lentos gases venenosos de la TV ("Totalitarian Vision"); el HND (hipócrita nazismo diluido), el AMR (alegre mediocridad rencorosa), el PCP (persistente conformismo persuasivo), etcétera. La propaganda comercial —cuyo dinero es el que paga y controla prácticamente todos los programas de la televisión—, siempre he pensado que le debe mucho a la propaganda ideológica nazi. A través suyo, las grandes compañías, las corporaciones multinacionales, sobre todo, imponen modelos difícilmente resistibles: lo peor no es que nos seduzcan para que compremos un deter-

gente, un rollo de papel higiénico o una bebida científicamente calculada para que dé más sed, sino que, al hacerlo, logran imponer formas de hablar, de reír, de moverse, de relacionarse...: formas de pensar, de ver el mundo. No es sólo propaganda comercial, sino también —y quizá sobre todo— propaganda ideológica. "Cuando oigo hablar de cultura, echo mano a la televisión", parecen decir a diario los patrocinadores de programas. Y la famosa definición de Marshall McLuhan ("El medio es el mensaje") no es sino un intento de sacralizar la televisión, todo lo que se ve en la televisión, de la misma manera que los cristianos sacralizaron una vasta antología de la literatura y la historia hebreas llamándola "El libro de los libros" o "Libro por excelencia" y afirmando que todo lo que contenía era revelación de su dios: "La Biblia es el mensaje". En efecto: la televisión es el mensaje, la palabra revelada del sistema. Es cierto que, al igual que hay evangelios "apócrifos", es decir, mensajes que no proceden o no proceden enteramente del sistema, sino de los que han sido capaces de cambiar levemente el ángulo de toma, la distancia focal; lo que ocurre es que, como aquellos, son de difícil acceso o demasiado efímeros ("impopulares").

La sociedad de consumo (que acaso no es sino el consumo de la sociedad) se nos presenta, en fin, como el país de las maravillas. Puesto que su modelo se viene extendiendo por medio mundo, principalmente a través de democratizaciones más o menos auténticas, y puesto que parece que va a seguir tal tendencia, ¿a quién le puede preocupar ya la vieja polémica del "europeizar España" cuando Europa y medio mundo se están "americanizando", "socioconsumismizando", a marchas forzadas?, conviene que, al hablar del país de las maravillas, examinemos con mucho cuidado las maravillas del país. No vayamos a caer, como Alicia de Lewis Carroll, por una conejera (¿o ratonera?) para encontrarnos de pronto en un mundo extraño ("maravilla" también significa "algo extraño, raro, inexplicable, misterioso"), donde el hombre, explotado y alienado, tan pronto vea que su cuello se alarga hasta las nubes como que todo él se reduce tanto que acaba por tener que nadar en sus propias lágrimas. ■ J. L.-P.

¿Qué es más caro?  
¿Comprar un espía ruso  
o comprar un espía  
yanqui?

¿Vale la vida de  
11 hombres 750 millones  
de dólares?

¡RESCATEN EL TITANIC! de Clive Cussler  
Sumergiéndose entre las páginas de este libro, usted también "Rescatará el Titanic". Léalo y pase unas divertidas vacaciones entre rusos, americanos, espectros, espías, presidentes, mineros y alta política mundial.



EL LIBRO DE LAS VACACIONES

## Lea este anuncio en voz alta.

¿Cuántos pueden oírle?  
¿Cuántos, a su alrededor, pueden leer igual que usted?  
En voz alta o baja. Pero de viva voz.  
Si piensa que todos deberían poder hacerlo.  
Si cree que todos tienen derecho a comunicarse igual que usted.  
Si quiere hacer algo por ese mundo de silencio que —por serlo— apenas percibimos...  
Suscribese a PROAS, la revista de Promoción y Asistencia a Sordos.  
Es una ayuda callada. Y eficaz.



(Gracias).

Todo posible beneficio que se obtenga en la revista PROAS será destinado a la ayuda y promoción de los sordos.

Recorte  
y envíe este cupón  
a PROAS  
Valdepeñas, 4  
Madrid 3

Desee suscribirse a la revista PROAS

Por un año  Por dos años  Por tres años

Precio suscripción anual, España y Portugal: 500 pts.  
Subscripción por vía aérea:  
Europa: 550 pts., EE. UU.: 430 pts., Latinoamérica: 400 pts.

Nombre y apellidos \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

Es una promoción asistencial de La Fundación General Mediterránea.